

Las elecciones autonómicas gallegas

Antonio Gutiérrez

Miembro del Instituto E. Mounier.

El pasado 19 de octubre se celebraron elecciones autonómicas en Galicia. Era la quinta vez en nuestra reciente democracia que el pueblo gallego podía elegir a sus representantes, y nunca antes este proceso había despertado tanto interés en el resto del Estado.

Los medios informativos de toda España se encargaron de «calentar el ambiente» creando un clima de expectación inusitado. El cebo era saber si estos comicios serían la tumba política de Manuel Fraga o, por el contrario, su retiro dorado.

Aunque se presentaban diez formaciones políticas, sólo tres tenían posibilidades de entrar en el nuevo parlamento: el Partido Popular de Manuel Fraga, el Bloque Nacionalista Galego de Xosé Manuel Beiras y la coalición integrada por el PSOE, Esquerda Unida-Esquerda Galega y Los Verdes que encabezó el socialista Abel Caballero.

Por una vez las encuestas fueron fiables y el resultado final fue un calco exacto de sus predicciones. Manuel Fraga consiguió su tercera mayoría absoluta con 42 escaños. El BNG obtuvo 18 y la coalición liderada por los socialistas.

El 19 de octubre marcó un hecho histórico. Por primera vez los nacionalistas del Bloque pasan a ser la segunda fuerza política de Galicia. Es ésta una coalición muy heterogénea. En sus inicios estuvo dominada por la Unión do Pobo Galego, de tendencia marxista-leninista. Sin embargo, el líder del

BNG, Xosé Manuel Beiras, es un socialdemócrata. Él es el verdadero artífice del éxito electoral del nacionalismo. Su carisma ha conseguido llevar al Bloque de uno a dieciocho escaños en el intervalo de tres elecciones. Esta mejora constante de los resultados se ha debido en buena parte a la también paulatina suavización de los aspectos más radicales de su discurso político. De momento, la estrategia les ha dado muy buenos dividendos. Sin embargo, es muy posible que el primer traspies electoral suponga también una escisión seria en este conglomerado de partidos.

El imparable descenso de los socialistas

La gran derrota ha sido para la autodenominada «coalición de izquierdas». El proyecto, una alianza al estilo del Olivo italiano, estaba condenado desde su nacimiento al más estrepitoso de los fracasos.

Las causas de esta debacle fueron, a mi entender, varias. Se trataba de un experimento precipitado, que se formalizó tan sólo dos meses antes de las elecciones y encabezado por un ex ministro totalmente desconocido en su propia tierra. Parodiando a Julio César, podríamos decir que fue un ejército sin general.

Los socialistas llevaban dos convocatorias electorales consecutivas

perdiendo votos. En esta ocasión intentaron frenar su alarmante pérdida de apoyos firmando un pacto con lo que hasta ese momento era Izquierda Unida en Galicia y con Los Verdes. Ni unos ni otros habían obtenido jamás un escaño en el parlamento autonómico.

Por si esto fuese poco, el atractivo de la coalición quedó dinamitado al ser frontalmente rechazada por la dirección nacional de Izquierda Unida. La crisis fue tal que llevó a un enfrentamiento directo con Julio Anguita y a la escisión de IU en Galicia.

Es cierto que el PSOE gallego hereda la caída general del partido en toda España, pero hay también razones endógenas que explican su delicada situación. Los socialistas gallegos arrastran desde hace varios años una honda crisis interna y de liderazgo. Su secretario general, el alcalde de A Coruña, Francisco Vázquez, no ha sido capaz de aunar las distintas corrientes y mantiene una guerra sorda con agrupaciones tan importantes como Vigo o Santiago. Él era el llamado a enfrentarse con Fraga, pero prefirió seguir en su feudo local y exponer en su lugar a un hombre de paja y sin tirón electoral que nunca tuvo la más mínima posibilidad. Para limitar aún más sus opciones, Abel Caballero se pasó toda la campaña insistiendo en que nunca negociaría con el BNG, ni siquiera en el caso de que Fraga perdiese la mayoría absoluta. Verdad o no, los vo-

tantes de izquierdas prefirieron apoyar a quien tenía como objetivo prioritario desbancar a Fraga.

Los constantes cambios de candidato también han influido en los malos resultados electorales de los socialistas. Caballero es el tercer líder del PSOE que aspira a desbancar a Fraga sin ningún tipo de discurso, ni socialista ni de ningún otro tipo. Su antecesor, el olvidado Antolín Sánchez Presedo, ni siquiera llegó a tener un programa impreso. A la vista de esto cabe deducir que el electorado no confía en las posibilidades de gobierno de un partido que es incapaz de dirigirse a sí mismo.

La lectura de los resultados

Se han hecho muchas lecturas de estos comicios. La prensa nacional ha puesto mucho énfasis en el ascenso de los nacionalistas del BNG. Sin embargo, si miramos atentamente el reparto de escaños, la interpretación puede ser menos triunfalista.

Fraga repite mayoría absoluta por tercera vez consecutiva. Algo que en una democracia no está al alcance de cualquiera. Es cierto que pierde un diputado con relación a los anteriores comicios, pero esto se debe a que Ourense tiene un representante menos debido a su pérdida de población. Además, Fraga ha conseguido más votos que en 1993, y ha arrasado entre el electorado emigrante. De hecho, le arrebató un diputado al BNG en A Coruña gracias al apoyo de los residentes ausentes.

Sorprendentemente, en su campaña electoral apenas hubo descalificaciones para sus rivales. Éstos, en cambio, cometieron el error de tildarlo de anciano. Una torpeza, ya que en Galicia los viejos son venerados por ser éste un país aún eminentemente rural, y porque muchas familias viven de las pensiones de sus mayores. Y con las cosas de comer no se juega.

Desde el primer momento de la campaña se vio que los únicos rivales serios del PP eran los nacionalistas del Bloque. Todas las encuestas les auguraban una subida espectacular. Y así fue. Pasaron de 13 a 18 diputados, con lo que ganan cinco. Pero no cambian en nada el panorama político gallego, ya que recogen en voto de castigo al PSOE, que pierde cuatro escaños. Sin embargo, es el partido con más proyección de futuro. En estas elecciones casi el 75% de los nuevos votantes le dieron su apoyo. Por lo demás, España vive un momento propicio para los nacionalismos. Los ciudadanos, en especial los de las comunidades más pobres, observan que el protagonismo político del Estado, y el dinero de los Presupuestos Generales, van a parar principalmente a las autonomías con partidos nacionalistas fuertes. Mientras esto siga siendo así, el BNG seguirá creciendo. No en vano quiere mantener relaciones estrechas con una formación ideológicamente tan distante como Convergencia i Unió.

Los antecedentes del 19-0

Decíamos algo más arriba que Galicia es un país muy rural todavía. Esto tiene su importancia. Para comprender la particular idiosincrasia del gallego es preciso conocer algunos hechos decisivos.

La accidentada orografía de Galicia ha fomentado un aislamiento secular. La abundancia de agua permite los asentamientos humanos en cualquier parte. Esto ha llevado a una diseminación tan grande que este rincón de la península cuenta con más de treinta mil núcleos de población, lo que supone la mitad de toda España. Este aislamiento ha ido moldeando un carácter desconfiado ante las novedades.

Otra consecuencia es que el gallego es muy celoso de su propiedad, aunque ésta sea tan pequeña

que no le dé para vivir. Por eso el asociacionismo es aquí una asignatura pendiente.

La base de la división administrativa ha sido la parroquia. Este hecho nos da una idea de la gran influencia que aún ejerce el clero, sobre todo en el medio rural. Sacerdotes, canónigos y algún obispo «peculiar» han utilizado el presbiterio para dirigir el sentido de voto de sus feligreses sin ningún tipo de vergüenza.

Pero los grandes aliados del Partido Popular han sido los medios de comunicación de masas. La Xunta gasta anualmente unos doce mil millones de pesetas en financiar la supervivencia de estas empresas por los procedimientos más variados. Con cargo a los presupuestos se mantienen abiertos periódicos que no tiran más allá de cinco mil ejemplares, y otros con deudas multimillonarias que en circunstancias normales, y dada la calidad de sus contenidos, hace tiempo que se hubiesen visto obligados a echar el cierre.

El control de los medios ha llegado a tal punto que el gobierno ha estado detrás de la destitución de algún director de periódico. El resultado es una prensa servil, que ha renunciado por dinero a su papel en la sociedad. Sólo así se explica que en los ocho años que Fraga lleva en el gobierno no se haya destapado ni un sólo escándalo político o financiero.

El futuro de Galicia

La quinta legislatura va a marcar un antes y un después en la vida política gallega. Si esta vez cumple su promesa, será el último gobierno de Fraga. Pero durante los próximos cuatro años el país seguirá tan inmóvil como un paisaje helado.

La política se confundirá con los favores personales y la democracia se disfrazará de caciquismo. De hecho, ni siquiera Fraga ha podido hacer nunca el gobierno que hubiese

querido. Se lo utiliza para ganar elecciones con comodidad, pero a la hora del reparto de poder son los barones provinciales lo que deciden sin ningún tipo de rubor quién ocupa las carteras del ejecutivo y quién maneja los dineros públicos.

Esta rivalidad propia de señores feudales es la que introduce un punto de incertidumbre en el futuro del PP gallego. Fraga carece de sucesor y en estos momentos se le presentan dos alternativas.

La primera la tiene en casa. Es el secretario general del partido y conselleiro de obras públicas, Xosé Cuiña. Se trata de un hombre gris, de escasa capacidad intelectual, pero que se maneja con habilidad en los intrincados caminos de la política. Controla el partido

y cuenta con el apoyo de los barones de Lugo y Ourense.

El otro posible sucesor de Fraga es el ministro de administraciones públicas, Mariano Rajoy. Para Aznar sería la solución a la falta de control que tiene ahora mismo sobre los populares gallegos. Además, está en la línea de una derecha moderna y eu-



ropea, alejada de las actitudes dictatoriales que tan mala prensa le han dado al PP en ciertos ambientes.

Acabada la orgía de las promesas sin cuento llega la hora de las realidades. Por delante quedan cuatro largos años para seguir inaugurando primeras piedras o fiestas gastronómicas. Y para viajar a los

confines del mundo sin más motivo aparente que el de cambiar de aires por unos días.

En cualquier caso, el pueblo gallego se apresta a vivir con su habitual escepticismo una era de grandes logros en la que las autovías serán una realidad casi cinco años después de lo prometido.

Y aunque el tren mantenga una lentitud exasperante, ya oímos en el recodo la bocina del AVE.

Y aunque el paro mantenga los índices más altos de España, los gallegos trabajan más y mejor, y ya hasta casi no emigran.

Y aunque después de talar los bosques para poner vacas ahora no podamos producir leche, nuestros quesos artesanos son los mejores de Europa.

Y aunque nos apresen en todos los mares y nos cierren los caladeros, la pesca es un pilar económico con futuro.

Por fortuna para ellos, los gallegos nunca han creído que haya lugares en los que los perros sean atados con longanizas. Así es menos alegre vivir, pero es más fácil sobrevivir.